

Javier Fresán

Carta a Camus

*Para María José Soler,
por sus clases de filosofía.*

Argel, 31 de diciembre de 1957

Mon cher monsieur Camus,

Ruego disculpe el retraso imperdonable con que respondo a su carta de hace más de un mes. No ha sido en mi caso el ruido del mundo lo que me ha impedido hacerlo, sino más bien el silencio y la lentitud de las horas de una vejez que quisiera imaginar temprana. ¿Qué añadir a sus palabras sencillas, dirigidas a lo más profundo? En ellas he reconocido inmediatamente al escritor del alma que usted ha sido desde niño, al hombre bueno que nunca teme hablar de corazón. Pero esta vez no era el retrato de Mersault ni las metáforas abrasadoras de *La peste* lo que se mostraba ante mis ojos; era un honor más íntimo, quizá el más alto entre los que se pueden conceder a un humilde maestro de escuela. Me refiero, claro está, a la constatación de que no ha vivido en vano, de que ha dejado huella en uno de aquellos pequeños escolares.

¿Cómo agradecer este regalo? Cualquier intento pronto se convierte en el examen de una vida. Durante semanas, me he despertado con la luz infatigable del invierno argelino filtrándose sobre los folios de su carta, y he recorrido todos los negocios de Belcourt buscando la tinta y el papel precisos. Me he vestido, como los antiguos, con el mejor traje que me permiten los pocos ahorros de mi jubilación para leer y releer sus palabras en busca de las mías. Pero sólo se me ocurrían algunos tópicos inaceptables, que no tuvieron cabida ni siquiera en sus primeras redacciones infantiles. Nunca olvidaré la clase en la que consiguió hacer callar a los traviesos hermanos Fichet

mientras desgranaba el relato de una sesión de cine con su abuela ciega. En un punto del diálogo, aquella anciana analfabeta usaba un subjuntivo inverosímil, y el pequeño Albert –permítame esta licencia–, elevándose sobre su personaje, se vio obligado a disculparse ante una clase que luchaba aún con las conjugaciones más sencillas: “Pero mi abuela nunca usa el subjuntivo”. Y luego el alboroto: *monsieur Germain, monsieur Germain, qu’est-ce que c’est qu’un subjunctif?*

Hablé antes de los clásicos. Entre los elementos, no elegí el fuego, sino el agua que vence a la piedra gota o gota. Llevo cuarenta años preguntándome cómo pueden la gramática y la aritmética cambiar la vida de unos niños que nacen sin futuro. Nunca he dudado de la importancia de nuestra tarea, de lo necesario y bello de enseñar, pero son muchos los días difíciles, en los que cualquier esfuerzo parece inútil. No es extraño, entonces, que reciba su carta como una especie de cumplimiento: no niego, por supuesto, el placer egoísta de figurar junto a su madre entre las personas que recuerda al recibir el Nobel, pero una frase como “ofrece la oportunidad de decirle lo que usted ha sido y sigue siendo para mí, y de corroborarle que sus esfuerzos, su trabajo y el corazón generoso que usted puso en ello continuarán siempre vivos en uno de sus pequeños escolares, que, pese a los años, no ha dejado de ser su alumno agradecido”, una declaración tan llena de ternura dice mucho más. Quizá no todo esté perdido.

Hay algo de supersticioso en esta obligación impuesta de terminar el año ordenando las ideas que ha despertado en mí su carta. Lo abrazo yo también con todas mis fuerzas, de nuevo lleno de esperanza.

Louis Germain